

jóven no la tenía aún. Apareció despues de su curacion, y algun tiempo despues; pero no recuerdo el tiempo preciso.» Así, pues, eliminada toda sospecha de crisis, no es permitido abrigar la menor duda acerca este brillantísimo milagro.

ARTÍCULO IV.

DECLARACION DE LOS TESTIGOS ACERCA EL PRIMER MILAGRO.

1. *Declaracion de la madre de la miraculada, Francisca de Luca de Mazzano.*

Interrogatorio 1.º Si, señor, tengo conocimiento del gran milagro que Benito José hizo á María Rosa, mi hija, que entonces era niña, que despues tomó estado y es ahora difunta.

Soy una ignorante, y cómo pretendéis que yo diga si esto es un milagro ó no? Comprendo, pero no sé explicarme. Si, obróse un gran milagro en María Rosa, porque puede decirse que estaba muerta y que súbitamente se encontró curada. Os referiré cómo aconteció esto, á pesar de que poco sé hablar y menos explicarme. Esta jóven podia tener catorce ó quince años en el año en que se descubrió la santidad de ese buen Siervo de Dios. Enfermó aquella del sarampion en el mes de marzo, cuando hacia estragos esta enfermedad. La niña fué de mal en peor, y se hizo preciso llamar al médico y al cirujano. Recuerdo que éste era el Sr. Jaime Sgarzi, actualmente difunto. Respecto al médico no recuerdo si era Angelucci ó algun otro; pero me parece que era Angelucci. No sabré decirlos cuál era el mal; solamente puedo decirlos que la pobrecita permanecia constantemente en cama, que estaba muy agitada, con una tos y una fiebre violentas: el médico y el cirujano decian que no habia remedio y me la daban por muerta. Esto es tan cierto, que se le administraron los últimos Sacramentos, el viático y el óleo santo. Si me preguntais cuándo le fueron administrados, os responderé que no recuerdo tantas cosas; no sabia que habia de obrarse un milagro, de otra suerte lo hubiera notado: me parece que le fueron administrados en el mes

de marzo, por ministerio del señor arcipreste Corneli, ahora difunto; si viviese aún, sabria explicaros la cosa mejor que yo. Los sobredichos médico y cirujano venian siempre á verla; pero decian que no habia remedio, y que la jovencita moriria en breve. Estuvo en este estado durante dos meses poco más ó menos; no recuerdo bien los dias; pero digo dos meses porque la jóven curó al cabo de este tiempo, esto es, próximamente á fines de mayo. Olvidé manifestaros que las gentes decian que la jovencita era tísica ó vendría á parar en tísica; el cirujano lo manifestaba tambien, pero no recuerdo si el médico lo decia igualmente. La pobrecita arrojaba con frecuencia saliva-zos espesos como materias confitadas ó cocidas. Respecto á si estas materias olian mal, tengo que decirlos que no me fijé en ello. Quereis saber ahora cómo curó María Rosa, y voy á decirlos lo mejor que pueda. Cundió en Mazzano la voz de que en Roma se habia descubierto un santo, que era un pobre llamado Benito José y que hacia grandes milagros. Mi infeliz hija se puso en la cabeza que habia de ir á Roma, y yo le dije: «Te acompañaré allí, hija mia; pero antes aguarda que estés algo mejor, de otro modo, ¿cómo quieres que lo haga para transportarte desde aquí?» Esto era verdaderamente imposible; pero se obstinó y continuó diciendo que queria ir á Roma, y como yo repelia las mismas dificultades, María Rosa me contestó que se haria poner en uno de los cestos del arriero Antonio Gavetti, hoy fallecido ya. Viendo que tenia tan gran confianza, quise contentarla, y aunque la pobrecita estuviere tan enferma y agitada, á pesar de su tos y de sus saliva-zos frecuentes y espesos, me decidí á transportarla á Roma. Pero ¿cuánto trabajo para llevarla allí! La subimos lo mejor que se pudo en un jumento, porque por si misma no podia subir; pero era preciso que alguno de nosotros la sostuviere, y á cada instante habia necesidad de darle de beber, porque continuamente se quejaba de una sed extraordinaria. Con nosotras venian Elena Mariani, esta anciana que ha prestado juramento conmigo, y mi sobrina Laura, y no recuerdo si la Casata y José Mancinelli estaban con nosotros. No vino mi marido porque era yo viuda. Nos albergamos en el barrio de los Campitelli, en la casa de Antonio Gavetti, y durante esta noche la enfermita continuó mala como de costumbre. Antes de referiros como curó, quiero exponeros lo que se decia en Mazzano, y es que la pobrecita tenia los pulmones consumidos, que

le quedaba ya muy poco de ellos, y que moriría así que acabasen de consumirse. Las gentes me repetían esto, por haberlo oído decir al cirujano Sr. Sgarzi; pero este señor no me lo decía á mi misma por no entristecerme. Esta noche, pues, María Rosa se encontró como de costumbre; no durmió ni me dejó dormir; á cada instante teníamos que darle de beber; no podía permanecer acostada á causa de su opresión, y era preciso tenerla levantada y sentada en el lecho. A la mañana nos levantamos y fuimos á la iglesia de Ara-Celi, donde hicimos nuestras devociones; María Rosa no las hizo, porque había bebido durante la noche y no podía estar unos instantes sin beber. Tampoco podía andar sola, y tuvimos que conducirla á brazo: yo la sostenía por un lado, y Laura Rosa su prima por otro. Desde la iglesia de Ara-Celi fuimos á la de Nuestra Señora de los Montes para visitar el sepulcro de Benito José, conduciendo á la niña de la misma manera, sosteniéndola por cada lado. Entramos en la iglesia, en la que había gran multitud de pueblo. Con gran trabajo llegamos hasta el sepulcro del Servidor de Dios; nos encomendamos á él, y la pobrecita se encomendó con singular fervor; pero la opresión se aumentó tanto á causa de la multitud, que no pudo permanecer más tiempo y la sacamos fuera de la iglesia. La hice sentar en los peldaños, y á fin de que se humedeciese un poco la boca le di algunas cecezas y peras verdes. Cuando se hubo repuesto y refrescado, la volví á la iglesia; hizo su oración y salimos en seguida; aunque continuaba mal, me pareció que estaba menos oprimida que antes, y que no tenía tanta necesidad de que la sostuviesen. Así se pasó todo aquel día. Por la noche nos metimos en cama; pero apenas me había acostado, cuando la jovencita me llamó con un gran grito, y me dijo que la aplicase la mano en el pecho, porque sentía en él vivísimo dolor; me asusté, creyendo que iba á morir; y en vez de ponerle la mano en el pecho, hé ahí lo que hice: había en la cabecera de la cama una imagen de Benito José, toméla, y la puse en la parte en que la jovencita manifestaba sentir el gran dolor, diciéndole: «¡Hija mía! encomiéndate á Benito José, él puede ayudarte; pues yo ¿qué quieres que te haga?». Apenas aplicada la imagen, la niña se calmó; yo me acosté, concilié el sueño y dormí tranquila. En toda la noche no me pidió de beber ni la oí quejarse. A la mañana se despertó diciendo que está curada; luego se viste libre y fácilmente como si

nunca hubiese tenido mal alguno. Todas estas cosas sucedieron por milagro, puesto que antes no podía dormir en toda la noche, padecía continua sofocación, se quejaba siempre, tenía que beber á cada paso, y no descansaba ni me dejaba descansar. Cuando la levantábamos de la cama, habíamos de vestirle de la cabeza á los pies, y una vez vestida, era preciso sentarla, porque no tenía fuerzas para moverse y andar; mas aquella mañana se vistió sola, y se puso á andar más aprisa que yo. Todas nos regocijamos, y cómo no después de haberla visto tan mala, viéndola buena y curada como si nunca hubiese estado enferma! El mismo día volvimos á la iglesia de Nuestra Señora de los Montes para dar gracias á nuestro Bienhechor: durante el camino, no sólo no tuvo necesidad la niña de que la sostuviesen, sino que nos pasó adelante y lo mismo hizo también en la iglesia de Nuestra Señora de los Montes, pasando entre la multitud reunida, para acercarse al sepulcro del venerable Siervo de Dios, y darle gracias por el milagro que le había hecho. Recuerdo que los soldados que estaban de guardia nos reconocieron y abrieron paso. A este propósito es necesario que me explique más; hé aquí: permanecemos tres días en Roma antes de que curase mi hija: habíamos ido á visitar el sepulcro de Benito José dos veces en dos días diferentes, y cuando mi hija se encontró menos sofocada y cansada, fué en la segunda visita y no en la primera, lo que no he sabido explicar más arriba. Se me pregunta cómo se encontró la jovencita entre la primera y segunda visita, y respondo que iba mal como de costumbre: estaba sofocada por salivazos espesos, padecía sed, sin poder dormir ni permanecer acostada, sino con la cabeza y el pecho algo levantados. Parece que me he explicado algo mejor. Después de dar gracias al Siervo de Dios, nos pusimos en camino, y regresamos á casa: la niña montó sola en el asno; yo quería ayudarla, pero ella no lo quiso, y me dijo: «Madre, estoy curada; quiero ir sola, no tengo necesidad de ningún apoyo: en efecto, en todo el camino no fué preciso sostenerla ni darle de beber, porque estaba verdaderamente curada y había recobrado todas las fuerzas. Al llegar á Mazzano y pasar cerca de la casa de Virginia Barbieri de Luca, mi hermana, la llamó por su nombre y le dijo estas palabras: «Tía, estoy curada.» Mi hermana tenía su aposento encima la habitación que yo ocupaba. María Rosa no tuvo paciencia de aguardar que estuviere en casa para

decir que estaba curada, y se lo dijo á gritos desde la calle. Las gentes se agolparon, y todos los que sabian en qué estado se encontraba mi hija cuando la transporté á Roma, viéndola ahora perfectamente curada, quedaron absortos, y todos confesaron que habia sido objeto de un gran milagro. Olvidé decir una cosa, y es que el Sr. Sgarzi, el cirujano, me habia dicho: «Vigilad si sus piés se hinchan, porque entonces morirá. Y en efecto, algun tiempo despues, antes de ir á Roma, sus piés se hincharon y así los tuvo durante los dias que permanecimos en Roma, antes que sucediese el milagro: esto lo sé, porque al vestirla le ponía las medias, lo que no podía hacer por sí misma: esta hinchazon llegaba hasta media pierna. Se me pregunta si cuando yo apretaba esta hinchazon con el dedo, se formaba una concavidad, y respondo que no lo ví con mis ojos, pues nunca la apreté con los dedos. Así que aconteció el milagro, la hinchazon desapareció por sí misma. Me preguntais si lo experimenté yo misma, y contesto: ¿para qué habia de examinarlo, toda vez que Maria Rosa estaba curada y caminaba con ligereza? A tener los piés y piernas hinchadas como antes, no hubiera podido andar tan fácilmente. Me preguntais si por la mañana, cuando Maria Rosa dijo que estaba curada, sufría aún el dolor por el que me llamó durante la noche y por el que le apliqué la imágen de Benito José, y os contesto y digo que estaba perfectamente curada y que no tenia mal alguno; pero no hice tantas averiguaciones: puedo deciros una sola cosa, y es que esta fué la primera vez que se quejó de un dolor tan agudo y creí que era una señal de su muerte próxima: ahora bien, no sólo no murió, sino que, por intercesion del Siervo de Dios Benito José, curó perfectamente y en lo sucesivo se encontró muy bien. Algunos años despues, podría tener entonces veinte, se casó y en su segundo alumbramiento murió; pero durante todo el tiempo de su matrimonio gozó constantemente de buena salud, y no experimentó ninguno de los males que habia padecido en su enfermedad. Todo lo que os he dicho lo sé por propia experiencia, como madre de la jóven. Me he explicado mal, sin duda; pero he dicho la verdad, y me parece que lo he dicho todo.

Interrogatorio 2.º Nada puedo añadir á lo que he dicho ya, y no sé explicarme mejor. Si el cirujano, el Sr. Sgarzi, viviese aún, podría hablar mejor que yo. Me preguntais si la niña era de buen temperamento, si habia padecido

otras enfermedades, y si tenia ya la menstruacion. A estas preguntas respondo que era de buen temperamento, que nunca habia estado enferma, que su primera enfermedad fué el sarampion, que la redujo á tan lastimoso estado, y que sin el auxilio del siervo de Dios Benito José, hubiera muerto ya entonces. Respecto á la menstruacion, era á la sazón una niña y no la tenia aún: la tuvo algun tiempo despues de curada, pero no tengo cuenta del tiempo preciso; sé que se casó cuando contaba unos veinte años; pero cuánto tiempo hacia que estaba en estado de poder tomar marido, no lo recuerdo. Me preguntais si la niña antes de estar enferma, ó durante su enfermedad, ó despues de su curacion, sufrió alguna vez convulsiones ú otros males propios de las mujeres, especialmente de las que están á punto de que se le forme el temperamento; contesto que nunca padeció estos males, á lo menos mientras fué doncella.

Interrogatorio 3.º El cirujano que visitaba á mi hija era el Sr. Jaime Sgarzi, actualmente difunto. Venia á verla hasta tres veces al dia. En cuanto al médico, que me parece era el Sr. Dr. Angelucci, venia poco, porque no hay médicos en Mazzano y habitaba en Campagnano. Comunmente sólo venia á Mazzano cada ocho dias, no habiendo grave necesidad: así se debe explicar lo que he dicho más arriba, á saber, que el médico, y el cirujano venian juntos á ver á la enferma, puesto que el médico venia con el cirujano cuando desde Campagnano se dirigia á Mazzano. Hablaban entre si, pero yo no entendia nada de lo que decian.

Interrogatorio 4.º El cirujano decia que la niña pararia en la tisis, pero nunca lo dijo en mi presencia; para que no supiese esta mala noticia: lo decia á los demás, quienes me lo referian. No recuerdo lo que decia el médico. ¿Como quereis que me recuerde de los medicamentos ordenados á la niña? Una vez le dieron una sangria, y esto fué al principio de la enfermedad; luego le ordenaron cosas refrescantes, esto es, papas de leche, leche con agua, etc., y continuó constantemente así. Me preguntais si durante los dos dias que permanecimos en Roma antes del milagro, le di tambien leche. Respondo que no. Y ¿cómo quereis que le hiciese para ir á buscar la leche? Le daba á beber agua y vino. La niña nunca se encontraba mejor, antes bien empeoraba siempre.

Todo Mazzano creyó y dijo que Maria Rosa fué curada

por milagro; y cómo queréis que no sea así cuando la pobrecita volvió súbitamente de muerte á vida?

María Rosa gozó despues constantemente de Buena salud, y si no hubiese muerto del parto, hubiérais podido verla aquí y oíra.

2. *Declaracion de una compañera de viaje de la miraculada,
Elena Mariani de Mazzano.*

70. Soy una pobre mujer ignorante, comprendo poco y me sé explicar aún menos; pero os diré lo que sepa, como lo sé, y lo mejor que pueda, respecto al milagro obrado en la persona de María Rosa de Luca. Me preguntais que es un milagro: lo comprendo, pero no sé decirlo. Los bienaventurados Santos hacen los milagros. Es menester que sepais que nuestro país de Mazzano es pequeño, y que todo lo que en él acontece es conocido de todos: así es que aún cuando yo no iba á casa de Francisca de Luca que tenia á su hija enferma, sabia que esa niña, á la sazón de unos catorce ó quince años, estaba gravemente enferma, que se le habian administrado todos los Sacramentos, que estaba en manos de los sacerdotes, y que en todo Mazzano se decia que no podia escapar de la muerte. Me preguntais cuál era el mal de María Rosa, y yo os respondo esto: Oí decir á todos que la enfermedad empezó por el sarampion, que éste le atacó el pecho, que de dentro estaba abrasada, y que no podia curar. No puedo deciros más porque nada más sé. Ocurrió aquel año la muerte del siervo de Dios Benito José, que en todo Mazzano se decia que era un gran santo y que hacia grandes milagros. Tenia yo una parienta enferma que se llamaba Isabel Mancini, que quiso ir á Roma para encomendar á Benito José, y ahora es ya difunta. Tenia yo deseos de ir con ella, tanto más cuanto queria visitar á un pariente mio, fralle en el convento de Ara-Cœli. Resolvimos, pues, ir á Roma, y con nosotros vino Francisca, que acompañaba á su hija María Rosa. Esta fué colocada en un asno, en el que no podia sostenerse por sí sola, y era preciso que alguno de nosotros la apoyase y sostuviese. Sin embargo, esto no bastaba y la pobrecita pedia que la pusiesen en un cesto, lo que no fué posible, porque hubiera debido ponerse un contrapeso al lado opuesto. Continuámos en trasladarla á Roma. La pobrecita estaba fatigadísima:

padecia suma opresion, tosía y pedia continuamente de beber; lo comprendo porque la pobre se abrasaba interiormente, y podeis figuraros que sed tendria. Llegamos por fin á Roma y nos alojamos en la casa de un hombre á quien se apellidaba vulgarmente Battipassone, pero cuyo verdadero nombre era Antonio Gavetti, hoy difunto. Esta casa estaba próxima á los Campitelli. La pobrecita iba muy mal, y toda aquella noche no hizo sino quejarse, como me consta, porque me encontraba en el mismo aposento: ella se acostó con su madre en un lecho, y yo con Laura en otro. Cuando fué de dia salimos y fuimos á hacer nuestras devociones; no recuerdo si la niña las hizo tambien, y tampoco si fuimos primero á Ara-Cœli, que despues hicimos celebrar una Misa en Nuestra Señora de los Montes; y comulgamos en la misma. Por el camino acompañámos con bastante pena á la pobrecita, porque no podia andar y era preciso sostenerla continuamente. Su madre la sostenia: si su prima Laura la sostenia tambien, no lo recuerdo; pero á causa de su debilidad y opresion era indispensable detenerse á cada instante para que cobrase aliento. Llegámos á Nuestra Señora de los Montes, nos encomendámos á Benito José, orámos en su sepulcro, y la niña se encomendó tambien á él con gran fervor, pero no se realizó el milagro; sin embargo, pareció que iba un tantico mejor. La volvimos á casa, y en la noche siguiente gimíó y se quejó, si bien no tanto como en la precedente. Al otro dia volvimos á visitar á Benito José; la niña estaba débil, sofocada, pero un tantico menos que el primer dia; regresamos á casa, y llegada la noche nos acostámos. Habíamos comprado una imagen de Benito José. Hacia poco que estábamos en la cama, cuando María Rosa dió un grito agudo y dijo á su madre que la socorriese, que sentia en el pecho extraordinario dolor: la madre le contestó: «Hija mia, ¿qué puedo hacerte yo? recurre á Benito José; encomiéndate á él;» y al mismo tiempo le aplicó en el pecho la imagen de papel que habíamos comprado. Nada más oímos durante la noche; la niña ya no volvió á quejarse: al despertarse por la mañana, dijo que se encontraba muy bien y que estaba curada: se levantó, vistióse, y todas fuimos á Nuestra Señora de los Montes para dar gracias á Benito José: la jovencita caminaba sola sin necesidad de apoyo; andaba más aprisa que nosotras, y no tosía ni padecia sofocaciones, y parecia que nunca hubiese estado enferma. Despues de tributar gracias al Siervo

de Dios, entrámos en la sacristía para hacer escribir este milagro. El mismo día volvimos á Mazzano, y durante el viaje la niña no tuvo necesidad de apoyo; se sostenía sola en la cabalgadura, y aún á veces quiso andar á pié y caminaba más aprisa que nosotras: la madre no quería que se apease, pero la jovencita contestaba: «Madre, quiero andar.» Al llegar á Mazzano todos los que la veían quedaban estupefactos, y decían: «¡Qué gracia! ¡qué extraordinario milagro ha obtenido!» Estaba aún un poco flaca, pero se encontraba bien y no experimentaba mal ni fatiga alguna: al cabo de tres ó cuatro dias recobró buenos colores y la gordura, de suerte que parecia una flor. Tres ó cuatro años más tarde se casó con mi sobrino Julian, y tuvo dos hijos, mas en su segundo alumbramiento murió: no creais que sucumbió del mal de que habia curado milagrosamente, pues murió de resultas del parto. Por lo demás gozó constantemente de buena salud, y no tuvo ningun otro mal; podeis preguntarlo á todo Mazzano; todos os dirán que os he dicho la verdad, y la sé porque estaba presente.

3. *Declaracion del marido de la miraculada, Julian Ranucci de Mazzano.*

Sé que se obró un milagro en la persona de María Rosa mi mujer, pero entonces era doncella y aún niña; era muy jóven cuando sucedió este milagro: fué en la época en que se manifestó Benito José, esto es, cuando se dijo que en Roma habia muerto un santo y que obraba grandes milagros. ¿Qué quereis que os explique yo, pobre lugareño? ¿cómo quereis que os diga en qué consiste este milagro? Sé que Dios hace los milagros y que María Rosa fué curada por milagro, pues estuvo á punto de morir y quedó curada instantáneamente por la intercesion de este buen Siervo de Dios.

María Rosa mi mujer me decia que Benito José la habia curado súbitamente, y que sin Benito José no estaria ya en este mundo, porque su situacion era desesperada.

Despues gozó constantemente buena salud, y nunca sufrió enfermedad alguna en los cuatro años que vivió conmigo: se ocupó en las tareas de la casa y del campo como las demás personas de nuestro estado y condicion, y nunca se quejó de dolencia ó fatiga alguna. Murió á

consecuencia de un mal parto, porque alumbró á los ocho meses. Despues del parto estubo enferma unos veinte dias, sufriendo siempre del mal que le habia ocasionado el mal parto, que no habia llegado á su término.

4. *Declaracion de un compañero de viaje de la miraculada, Gaspar Mancini de Mazzano.*

Tengo perfecto conocimiento de un milagro que se obró en la persona de una jóven llamada María Rosa de Luca, en el pais de Mazzano mi patria. Me preguntais qué es un milagro, y os respondo, que comprendo lo que es, pero soy un pobre ignorante y no sé explicároslo. Lo cierto es que María Rosa curó por milagro, pues llegó á tal estado que habia de morir, y no obstante curó y curó instantáneamente, no por la virtud de los médicos, sino por la intercesion del venerable siervo de Dios Benito José Labre. En efecto, enferma como estaba, se hizo conducir á Roma para visitar el sepulcro de dicho venerable Siervo de Dios: lo visitó, curó y el milagro quedó en seguida obrado. Hace de esto trece ó catorce años, pues sucedió en 1783, cuando murió ese buen siervo de Dios, Benito José, María Rosa, hija de Francisco de Luca, cayó enferma... Declase que la enfermedad de María Rosa era el sarampion, el que lejos de ir bien, fué de mal en peor. Declase que el mal estaba todo en el interior y en el pecho: le fué preciso quedarse en cama, y yo, como padrino que le era por haberla tenido en las fuentes bautismales, iba alguna vez á verla en su casa. Me hacia compasion por verla sobremanera demudada, y padecia tan grande sofocacion que apenas podia respirar; tenia constantemente la boca abierta, porque su pecho era como un fuelle que sube y baja sin soplar: su tos era seca y conociase que procedia del pecho; padecia una sed que nunca se podia saciar, porque, como ya os lo he dicho, se sentia interiormente abrasada. No recuerdo haber advertido si arrojaba heidiondos salivazos, ni tampoco de si oí decir que tuviese fiebre y que estuviese hinclada; pero si recuerdo muy bien que recibia las visitas de mi primo Jaime Sgarzi, cirujano de Mazzano, sujeto que sabia su estado y á quien se llamaba de todos los lugares vecinos: recuerdo que me decia que el caso de María Rosa era desesperado, que estaba enteramente perdida y que moriria. Me dijo el mal

que tenia, pero se servia de ciertos términos que yo no comprendo; en sustancia queria decir que era ó vendria á ser lísica.

¡Podeis figuraros cuánto padecia su infeliz madre! Por aquel entonces publicáronse en Mazzano los milagros que se obraban en Roma en la iglesia donde estaba enterrado el venerable siervo de Dios Benito José Labre. Los que tenían enfermos querian desde luego trasladarlos á Roma, y yo, que tenia mi mujer lisada, resolví acompañarla allí. Con esta ocasion la madre de María Rosa quiso intentar tambien conducir á su hija con nosotros, mas la cosa era algo difícil, porque la niña se encontraba en malísimo estado, y recuerdo que mi primo el cirujano me decia que dudaba pudiesen volverla á Mazzano, y que aún temia que muriese por el camino, y esto me lo dijo á mi mismo. No recuerdo si comuniqué á Francisca la madre lo que me habia dicho el cirujano; recuerdo sí que precisamente por esta razon tenia pocas ganas de ir á Roma con ellos; pero como era mi ahijada no quise causarle esta pena, y partimos juntos. Os digo la verdad; cuando partimos la pobrecita se hallaba en malísimo estado. La colocamos lo mejor posible en un jumento, pero María Rosa no podia sostenerse en él, y era indispensable que uno ú otro de los que estaban conmigo la sostuviese, porque yo bastante trabajo tenia para sostener á mi mujer. El viaje fué penoso, pues aunque los animales marchasen lentamente, á cada instante teníamos que detenernos por dos razones, para dar de beber á Rosa, pues sentia abrasarse y hubiera querido beber continuamente, y otra para bajarla del jumento y sentarla en el suelo á fin de que descansase y se calmase la gran sofocacion que padecia y que aumentaba á cada paso de su cabalgadura. Cuando Dios quiso llegámos á Roma, y fuimos á una casita de los Campitelli, donde permanecimos aquella noche. Pero ¿quien pudo dormir? Tan grandes fueron los gemidos de la infeliz enferma sofocada, que yo no pude cerrar el ojo, y á causa de esto no quise pasar allí las otras noches, y fui á pernoctar con un primo mio, fraile del convento de Ara-Cœli; sin embargo, no ocupé yo el mismo cuarto, sino otro con mi mujer; en el que habitaba María Rosa habia dos camas; en la una se acostaron ésta y su madre, y en la otra Elena Mariani y Laura de Luca que vinieron con nosotros; pero desde el segundo aposento oia los gemidos de la pobre enferma, que me

partian el corazon, y esto me causaba mayor fatiga que el no poder dormir. A la mañana nos levantámos, fuimos á la iglesia de Ara-Cœli para confesar, pudiendo acompañar allí con gran pena á María Rosa, sosteniéndola por ambos lados: á cada instante era preciso detenerse para dejarla descansar. Desde la iglesia de Ara-Cœli fuimos á la de Nuestra Señora de los Montes, á donde vino mi primo el religioso, que nos celebró la misa y dió la Comunión. Durante el trayecto fué acompañada con gran pena, sostenida y apoyada del mismo modo que lo habia sido para ir á la iglesia de Ara-Cœli. Me preguntais si María Rosa hizo tambien sus devociones, y os respondo que no lo recuerdo, pero me parece que no las hizo: no se hallaba en efecto en estado de hacerlas, porque estaba muy enferma. En la iglesia de Nuestra Señora de los Montes nos encomendamos todos á Benito José; mi mujer y María Rosa que estaban enfermas se encomendaron á él con mayor fervor que los demás. Al cabo de algun tiempo salimos de la iglesia: yo y mi mujer fuimos á otro alojamiento; Francisca con María Rosa y las otras mujeres volvieron á los Campitelli. Pero María Rosa continuaba mal, si bien decia que se encontraba algo mejor; por la noche al ir á su casa para dejarles mi mujer y volver yo á Ara-Cœli, le pregunté cómo se encontraba, y me respondió que se sentia algo mejor, pero guardaba cama y continuaba aún oprimida. El día siguiente volvimos á Nuestra Señora de los Montes, donde permanecimos algun rato: al salir, María Rosa dijo que se hallaba algo mejor, pero estaba sofocada y era preciso sostenerla, si bien esto á la sazón costaba menos. Volví á verla por la noche, y la encontré como la víspera. El tercer día la hallé en pié, estaba perfectamente curada, caminaba sola y ligeramente como si nunca hubiese tenido mal alguno, y supe que san Benito José habia hecho un milagro, en el momento en que durante la noche su madre le habia aplicado sobre el pecho la imagen de Benito José. Desde aquel instante la niña durmió sin gemir ni despertarse; á la mañana se encontró curada, libre como la veia, y esto era la tercera mañana, como podeis comprenderlo por mi relato; pues ellas permanecieron en Roma sólo tres días; mas yo quise quedarme algo más. Esta mañana fuimos juntos á Nuestra Señora de los Montes para dar gracias al Siervo de Dios, y María Rosa caminó ágilmente como los demás, sola y sin necesidad de que la sostuvie-

sen. En seguida partieron para regresar á Mazzano. La vi sentada en el jumento, en el que se mantenía firme y recta, bien al contrario de lo que sucedía anteriormente. Volví á Mazzano diez ó doce días después, y vi que María Rosa iba á todas partes como si no hubiese padecido enfermedad, y ya había recobrado las carnes y los buenos colores. Al cabo de algunos años se casó y tuvo hijos, se conservó constantemente en buena salud, y murió de resultas del parto. Todas estas cosas las sé porque era su padrino, la veía con frecuencia, y en un pueblo reducido como Mazzano se sabe luego todo lo que sucede.

...Ya os manifesté lo que decía mi primo el cirujano, que creía imposible la curación de María Rosa. El médico Angelucci opinaba lo mismo: me hallé á veces presente cuando el médico y el cirujano hablaban juntos de María Rosa: no podía comprender los términos de que se servían; no obstante comprendí perfectamente que su conclusión era que el estado era desesperado y que su enfermedad acabaría mal; añadan que moriría en breve.

Declaracion del médico de la miraculada, el Dr. Darío Fidel Angelucci.

Interrogatorio 1.º No he sido instruido de modo alguno acerca lo que debo declarar en mi presente exámen. No he tenido ninguna conversacion ó conferencia con el P. Palma, postulador de la causa del venerable siervo de Dios Benito José Labre, relativamente á este exámen, excepto que recibí de él aviso de que debía presentarme aquí para prestar juramento y declarar lo que sé respecto al milagro que se obró en el país de Mazzano, diócesis de Nepi, en la persona de una jóven llamada María Rosa de Luca, por intercesion del venerable siervo de Dios Benito José Labre, cuando siendo médico de Campagnano, debía ir también á Mazzano, pueblo poco distante, en el que no había médico residente. En aquel tiempo hice una declaracion en la que resumía todo lo que sabía tanto respecto á la enfermedad de la jóven, como á la curacion que sobre vino y perseveró. Debo añadir que tal certificacion fué firmada no solamente por mí, sino también por el señor arcipreste Estanislao Corneli y por el cirujano del lugar, Jaime Sgarzi, ambos difuntos al presente. Uno y otro, bien informados del hecho, me encargaron redac-

tase la declaracion sobredicha, y después de recibirla, leerla y meditarla, encontrando la exposicion de los hechos sincera y exacta, la firmaron. Así suscrita por ellos y por mí, la envié á Roma al baron de Mazzano, el señor Clemente del Brago, difunto al presente. Como á mí parecer este hecho era de tal suerte sorprendente y prodigioso que debía ser considerado como un milagro, en un viaje que hice algun tiempo después á Roma, pregunté al sobredicho señor Marqués, si se había hecho ya ó se proponía hacer la prueba jurídica del mismo, y como me contestase que enteramente nada se había hecho, quedéme sorprendido, pensando, y quizá lo expresé de palabra, que si no se tomaba en cuenta este gran milagro, que tenía todos los caractéres necesarios, ignoraba de qué otro pudiera hacerse caso, como lo comprenderán VV. II. y RR. SS. por las respuestas que estoy pronto á hacer á las preguntas que se me hagan. Al saber que se quería tener la prueba de tal milagro, me he regocijado sobremanera, no por motivo alguno temporal y humano, sino por la gloria de Dios, que se manifiesta en sus servidores, y por el amor á la verdad, que, contribuyendo á la gloria de Dios, nunca debe quedar en la sombra y el olvido.

Estoy perfectamente informado de que se obró un milagro en el país de Mazzano en la persona de la sobredicha niña María Rosa de Luca. Antes de referir todo lo que se refiere á este milagro se me pide que manifieste en qué, á mi parecer, consisten la esencia y la cualidad del milagro. A esta pregunta respondo: que limitándome á las enfermedades que son del dominio de la facultad de medicina, entiendo por milagro las curaciones que no puedan ser producidas por la naturaleza ni por el arte. Creo además que el prodigio puede consistir en la sustancia del hecho ó en el modo segun el que se produce. En el primer caso, la curacion de un mal que, por naturaleza y por su esencia es naturalmente incurable, será un milagro. En el segundo, la curacion sbita de una enfermedad será un milagro, áun cuando esa enfermedad hubiera podido ser vencida por la fuerza de la naturaleza ó por los auxilios del arte; pero no sin que unas y otras hubieran exigido largo tiempo, pues la naturaleza y los remedios obran poco á poco. Hecha esta definicion, paso ahora á referir lo que sé acerca la expresada curacion de María Rosa de Luca. En el año 1783, y precisamente en el mes de marzo, esta jóven, que podia tener entoncec catorce años de edad,

Fué atacada de un mal epidémico, vulgarmente llamado sarampion, el que fué combatido por los remedios específicos que se acostumbra oponer á esta clase de males; pero, sea que no hubiesen sido administrados, como sucede comunmente entre los campesinos, ó por otra razon cualquiera, la enfermedad no siguió su curso ordinario, y faltando la crisis necesaria, degeneró en otro mal. No estando purgado el humor maligno, ocasionó á la jóven un fuerte ataque de pecho; la sangre viciada, estancada en las cavidades del estómago, ocasionó una obstruccion de humores que degeneró en una pleurpneumonia. Todo esto me es perfectamente conocido, porque siendo á la sazón médico de Campagnano, acostumbraba ir á Mazzano dos ó por lo menos una vez á la semana. Entonces redacté la observacion de la enfermita: los datos oportunos me los proporcionaba el difunto cirujano Jaime Sgarzi, hombre de buena doctrina, que no se limitaba á practicar las operaciones de cirugía, sino que además era apto para curar las enfermedades propiamente dichas, que son de la competencia del médico; y aunque vivía en un país como Mazzano, á causa de su habilidad hubiera hecho muy buen papel en pueblos civilizados y más populosos. Si viviese aún os daría cuenta, con mayor precision de lo que puedo hacerlo yo mismo, de todo lo que concierne á la série de las diversas fases de la enfermedad, toda vez que residia allí habitualmente, y que á causa de esto hacia mucho caso del prodigio obrado, como podeis verlo por el certificado que firmó conmigo. No dándose á la enferma los cuidados requeridos ó no tomando regularmente los remedios prescritos por el expresado cirujano y por mí, el mal hizo grandes progresos, que redujeron á la enfermita á un estado deplorable de verdadera tisis, no de las de larga duracion, sino de aquellas que, en poco tiempo, quitan la vida al paciente. Los síntomas que se mostraban eran todos funestos, esto es la carraspera, los dolores (no recuerdo ahora si eran locales y permanentes, pero me parece que mudaban de lugar, estableciéndose sobre todo en las articulaciones), la tos, los salivazos purulentos, la dificultad de respirar, una fiebre lenta y continua, la diarrea, el sudor, recuerdo perfectamente que todo esto existia; no tengo presente si los sudores eran del género de los que llamamos colicuativos, pero la enferma quedó reducida á tal extremo que es de creer que eran de este género, aunque por el tiempo transcurrido no tengo memoria de ello.

Estos caracteres y sintomas eran decisivos á mi juicio, y el cirujano del lugar los consideraba tambien como tales, lo que hacia que ambos hubiésemos perdido toda esperanza de curar á la niña: á causa de esto fuimos de parecer que no debía demorarse el administrar los Sacramentos y encomendarla á los cuidados del médico esperitual. Y, en efecto, se le dispensaron los Sacramentos hasta la Extremuccion, y el difunto señor arcipreste Corneli la asistió como á una persona cuya muerte próxima es de temer, como sucede á los pleuro-pneumónicos, que son sofocados á menudo por las materias que llenan el pecho. Por nuestra parte nada podiamos hacer, y si ordenábamos algun medicamento, no era enérgico, pues la naturaleza y el carácter de la enfermedad no lo admitian, sino únicamente paliativo y lenitivo, destinado á prolongar la vida de la enferma cuanto se pudiese y á hacerle menos dolorosos los accidentes mórbidos. Encontrándose en tan infeliz estado, la paciente imploró los auxilios celestiales, puesto que los humanos no le eran de utilidad alguna. No puedo fijar actualmente el dia preciso en que vi por última vez á María Rosa en su estado de enfermedad; puedo sin embargo afirmar con certeza que no fué más de dos dias antes de partir de Mazzano para Roma: recuerdo tambien que en esta última visita la encontré oprimida y abatida como de costumbre, y estoy cierto que en aquel momento ella y su madre intentaban el viaje á Roma, ó que quizá habiéndolo ya resuelto de antemano, nos pidieron á mí y al cirujano que estaba presente nuestro parecer y consejo. El cirujano, considerando la gravedad del mal, y juzgando imposible que la enferma pudiese emprender semejante viaje, creyó deber disuadirla, convencido como estaba de que podia morir por el camino. Yo tenia tambien la misma conviccion, pero viendo la confianza de la madre y de la hija, dije al cirujano que podia dejarles hacer lo que quisieran. Para nosotros el caso era desesperado, y así importaba poco que la niña muriese en Mazzano, en Roma ó por el camino. No la vi más. Sé muy bien, no obstante, que partieron dos dias despues y á mi juicio el hecho de que una enferma tan débil como María Rosa pudiese ponerse en camino, fué ya un principio de milagro. Me consta de ciencia cierta todo lo que he referido hasta aquí, y por testimonio de otro sé lo que voy á añadir: el motivo por el que la enfermita instaba á su madre que la condujese

á Roma era para encomendarse á la intercesion del bien-aventurado siervo de Dios Benito José Labre, cuyos prodigios se publicaban por todas partes, y visitar su sepulcro con la esperanza de obtener allí por este medio el restablecimiento de su salud perdida. Que este fué el verdadero motivo de su viaje lo sé, porque madre ó hija lo manifestaron en mi presencia. Habiendo, pues, obtenido nuestro permiso se dispusieron para el viaje. Tomóse un jumentillo, y con gran trabajo montaron en él á la infeliz enfermita, en el estado que es sabido, y en compañía de otras mujeres tomaron el camino de Roma, distante unas veinte y cinco millas. Nada tengo que decirlos para haceros comprender cuán difícil y penoso debía ser aquel viaje para una enferma de esta clase. No podía sostenerse sola en el pollino á causa de su debilidad y especialmente de los perniciosos síntomas que la atormentaban: era preciso que otras personas de su compañía la sostuviesen. Llegaron por fin á Roma: la enferma pasó una noche dolorosa como de costumbre. En la mañana siguiente sus acompañantes fueron á la iglesia de Ara-Cœli para hacer sus devociones, y condujeron á la enferma del brazo á uno y otro lado, pues no estaba en el caso de dar un paso sola. Desde la iglesia de Ara-Cœli la llevaron de la misma manera á Nuestra Señora de los Montes, donde descansa el cuerpo del venerable siervo de Dios Benito José Labre. Una vez allí la condujeron al sepulcro del Siervo de Dios, donde junto con sus acompañantes oró por la curacion deseada. Pero por grande que fuese su fe y fervor, nada obtuvo por el momento, y de la misma manera que se la habia conducido á la iglesia de Nuestra Señora de los Montes, la volvieron afligida á su alojamiento. Sé que la acompañaron otras dos veces á esta iglesia para repetir sus oraciones, pero no he sabido ó no recuerdo si fué el mismo día, ó en otros diferentes. Pero sí recuerdo muy bien que no obtuvo la deseada curacion en las visitas que hizo al sepulcro, sino en la noche del mismo día, si las tres visitas fueron hechas en un solo día, ó en la noche del día en que hizo la tercera visita. La enferma se acostó en el mismo lecho que su madre, en igual estado de postracion y con los mismos síntomas dolorosos. Hacia poco tiempo que se habia metido en cama, cuando un grito agudo despertó á la madre ya dormida. Apenas despertada interroga á su hija, preguntándole qué le sucede, y obtuvo por respuesta que

sentia excesivo dolor en el pecho, y que le pedia pusiese la mano en el sitio en que sufría el dolor. La pobre madre compadeciése de su hija, pero comprendió que aplicar la mano en la parte dolorosa seria pequeño ó de ningún alivio, y así creyó preferible tomar una imagen de papel del venerable siervo de Dios Benito José Labre y aplicarla al pecho de su hija. La enferma no se quejó más, descansó tranquila y durmió apaciblemente toda la noche, sin que se la oyera más. Á la mañana dijo contenta que estaba curada y pudo vestirse sola; no tenia ninguno de los perniciosos síntomas que la atormentaron hasta la noche precedente; habia además recobrado las fuerzas, y el mismo dia pudo con su madre y las otras mujeres que vinieron con ella, trasladarse á la iglesia de Nuestra Señora de los Montes para dar gracias á su Bienhechor. Este trayecto fué muy diferente del que hiciera el día ó los dias precedentes: efectivamente, en éstos, como ya he dicho, era preciso que dos personas la sostuviesen, y entonces pudo andar sola, libremente, con paso tan acelerado que precedia á todas las personas que iban con ella. Dió gracias á su Bienhechor, y pasó á la sacristía de la iglesia para que consignase el prodigio que se habia obrado en su persona. Con la misma libertad regresó á su morada, que, si mal no recuerdo, estaba situada en la plaza Morgana, en las cercanías de los Campitelli, y habiendo alcanzado todo lo que deseaba, estaba situada en la plaza Morgana, en las cercanías de los Campitelli, y habiendo alcanzado todo lo que deseaba, regresó á Mazzano con sus compañeras. En el viaje no sólo no tuvo necesidad de que la sostuviesen y conservasen en el jumento, sino que hasta quiso hacer á pié buena parte de camino, unas dos millas segun oyo. Al llegar á Mazzano todos los que la habian visto enferma pocos dias antes quedaron absortos de admiracion y sorpresa, á vista de tan súbito cambio y de tan gran prodigio: veian en efecto á la niña no sólo curada de todos sus males, sino tambien con todo su vigor y fuerzas, capaz para dedicarse á las faenas propias de su edad y sexo. Todo lo referido hasta aqui lo sé por las relaciones que me hicieron la curada, su madre, y quizá tambien los que la acompañaron á Roma. Y ahora prosigo el relato de lo que me consta por ciencia cierta. Hacia pocos dias que habia visto á la enferma; no puedo determinar el número con precision; pero me parece que seria todo lo más cinco ó seis dias; lo que sé cierto es que en el curso de una misma semana la ví enferma y curada. Me hallaba en Campagnano, lugar de mi

residencia, cuando oí referir que María Rosa había recobrado la salud por los méritos del siervo de Dios Benito José Labre. Quedé no poco sorprendido á semejante noticia, pues sabía el estado infeliz y desesperado en que la dejé pocos días antes; así es que lo mas pronto posible me trasladé á Mazzano para admirar en la curacion de María Rosa la obra admirable de Dios, á quien nada hay imposible. Fui en domingo, y segun creo aquella habia vuelto á Mazzano el sábado precedente. Todos me afirmaron con extraordinario gozo la verdad de este prodigio: la niña se encontraba entonces con los demás niños en la iglesia parroquial para aprender la doctrina cristiana, como se acostumbra cada domingo. Mandé llamarla, deseoso de ver con mis ojos al sujeto de curacion tan admirable. A primera vista experimenté connoceion interior al cerciorarme de cambio tan completo como perfecto. La hice entrar en la drogueria, donde diferentes personas entraron conmigo y el cirujano Sgarzi. El solo exámen exterior de la curada era mas que suficiente para obligarme á confesar el milagro. Sin embargo, quise saber de su boca todas las circunstancias que acompañaron ó siguieron á este gran prodigio. Hícele en seguida algunas preguntas respecto á los males y síntomas que habia padecido precedentemente para asegurarme más y más de que no le quedaba sombra ni vestigio de ellas, lo que pueden llamarse reliquias de enfermedades pasadas, y realmente encontré que no habia nada de ello. Mas, como ya he dicho, la sola inspeccion ocular del sujeto bastaba á dar de él prueba evidente, pues respiraba libre y naturalmente, no tenia tos de ninguna clase, ni señal ó indicio alguno del mal pasado. Vi que al salir de la iglesia para acercarse, bajó rápidamente los escalones: la vi con buenos colores naturales y esa viveza que revela la salud, quise tomarle el pulso, y no sólo no encontré ninguna clase de fiebre sino que las pulsaciones eran iguales y normales, como en las personas que no padecen ningun mal interior ni exterior. Admiré la obra de Dios, y le dije que habia sido objeto de un gran milagro y que debia estar muy reconocida á su Bienhechor: el señor cirujano Sgarzi dijo lo mismo, y ninguno de los presentes contradijo un milagro tan claro y evidente. Hasta el año 1785 conservé la plaza de médico en Campagnano, y como médico que entre nosotros se llama dimisionario iba comunmente dos veces, ó por lo menos una vez por semana á

Mazzano, á más de las visitas más frecuentes que hacia allí en los casos urgentes. A causa de esto, durante este tiempo muchas veces tuve ocasion de ver á María Rosa, y constantemente la hallé en el mismo estado de salud perfectamente recobrada, sin que nunca más tuviese necesidad de mis cuidados, ni siquiera por el más leve mal-estar. Despues de haber dejado la plaza de Campagnano no he vuelto á ver á María Rosa; así es que nada puedo decir de ciencia cierta acerca el estado de su salud en los tiempos siguientes; pero debo añadir que llegó á mi conocimiento que se casó algunos años más tarde, que tuvo dos hijos y que murió de parto.

Esto es todo lo que puedo afirmar respecto á la curacion de la expresada María Rosa, y todo me confirma en la creencia de que fué el resultado de un milagro evidente, y nada podrá quebrantar mi conviccion, por más que recurra á sutilezas y sofismas. Se me pregunta cuál era el temperamento de la niña antes de caer enferma, y si antes, durante ó despues de su enfermedad, estuvo sujeta á accidentes históricos y convulsivos. Finalmente, se quiere saber si habia tenido la menstruacion ó si estaba próxima á tenerla, y si esta coincidencia pudo producir en su temperamento una revolucion, como sucede á las mujeres cuando cambian así de complexion. Voy á contestar á estas tres preguntas que se me han hecho: á la primera digo que en cuanto mi memoria alcanza tenia el temperamento plétórico; sufría habitualmente una asma de pecho que, en mi concepto, era convulsiva; para curarla se practicó una sola vez una ligera sangria; pero esta circunstancia, á mi parecer, aumenta aún más el esplendor del milagro que sobrevino. Ciertamente hubiera habido tambien milagro si, una vez curada de la tisis, hubiese conservado su habitual dolencia de asma convulsiva ó esencial, que nada tenia que ver con los males incurables ocasionados por la mala salida de las influencias mórbidas. Pero como, en su perfecta curacion, la niña quedó tambien libre del asma convulsiva que padecia desde antes de su enfermedad, cada cual comprende muy bien que esto aumenta la importancia del prodigio obrado. Aunque, como acabo de decir, antes de su enfermedad padeciese una asma convulsiva, esto no le impedia dedicarse á los trabajos de su edad y de su sexo; esta asma daba á su rostro un color vivísimo, y si la llamo convulsiva, no es porque procediese de un vicio interior, sino más bien del temperamento ple-

tórico de la niña. Contestando ahora á la segunda pregunta que se me ha hecho, digo: que no sé que esta jóven haya padecido nunca accidentes histéricos ó convulsivos antes, durante ó después de su enfermedad, y el término convulsivo añadido al asma, nada indica de comun con la afeccion histérica convulsiva sobre la que se me pregunta. Finalmente, contesto á la tercera pregunta que la jóvenita no tenia aún las épocas mensuales cuando enfermó, que no las tuvo en el curso de su enfermedad, que no sobrevivieron en el acto de la curacion, y que no las tuvo á consecuencia de esta misma curacion. Le aparecieron despues, pero no puedo fijar el tiempo preciso. Estoy cierto que no las tenia cuando, transcurrido más de un mes, di un certificado de su curacion, y tanto como puedo recordar, no las tuvo hasta siete ú ocho meses más tarde. Paréceme estar seguro de lo que digo; sin embargo, no puedo afirmar que el retardo no fuese aún más largo. Esta negacion prueba que el cambio de complexion y la venida de las épocas mensuales para nada entra en la curacion. Además, la enfermedad era de tal naturaleza que la revolucion ocasionada por la aparicion de las épocas mensuales no hubiera podido producir ningun buen efecto, pues se trataba de un mal que por su naturaleza era incurable. Paréceme que con estas respuestas he satisfecho plenamente á las preguntas que se me han hecho.

...Entre las cuestiones que se me proponen se me pide que refiera todos y cada uno de los síntomas que acompañaron la enfermedad de María Rosa, y en especial los que son aptos para determinar su carácter y naturaleza. Para contestar con tanta precision como claridad á esta pregunta, observaré en primer lugar que la enfermedad tomada desde su origen hasta el día de la curacion duró más de dos meses; esto es desde marzo (sin poder precisar el día en que enfermó María Rosa) hasta fin de mayo en que sobrevino la curacion. Respecto á la enfermedad en sí misma distingo cinco estados ó fases que se sucedieron la una á la otra, y que fueron producidos la una por la otra. En el principio el mal sólo fué una influencia epidémica de sarampon; á esto sucedió una afeccion ó inflamacion de pecho; á la inflamacion sucedió la ulceracion de los pulmones ó la vómica; á la vómica el empiema, y á éste la tisis, si no queremos confundir estas dos últimas afecciones. Dejo á parte el sarampon, que tiene sus síntomas particulares y que, en el caso que nos ocupa,

no es sino la causa ocasional de los funestos efectos que se produjeron en lo sucesivo. No habiendo sido expulsados los humores en el periodo acostumbrado, buscaron un lugar, y estancados en la cavidad del tórax, vinieron á atacar los pulmones; éstos por consiguiente se inflamaron, y esta inflamacion se manifestó por una respiracion penosa, diferente de la que produce el asma convulsiva á la que antes estaba habitualmente sujeta María Rosa, acompañada de una tos fatigosa y seca, y de violenta fiebre, del género de las fiebres inflamatorias. Mas como esta inflamacion no pudo resolverse en los dias críticos, formáronse pequeños tubérculos en los pulmones, se reunieron juntos y constituyeron el saco purulento que llamamos vómica. Esta se manifiesta por una fiebre supurativa, una tos más húmeda, salivazos purulentos y fétidos, mayor opresion, etc. No puedo recordar ahora si la enferma experimentaba dolores locales, y sólo tengo bien presente que estaba sujeta á algunos dolores. Finalmente, las materias contenidas en la vómica, cuando ésta se abrió, se derramaron en la cavidad del tórax y la llenaron, siendo no poca suerte que no quedase ahogada, como sucede con mucha frecuencia en casos semejantes. Hé ahí formado el empiema, que se manifestó por las señales precedentes, por mayor sofocacion, por la dificultad de permanecer acostada, de donde resultaba para la infeliz enferma la necesidad de estar constantemente como sentada, por el color rojo de los pómulos que se mostraba en los accesos de fiebre, convertida en más lenta, porque existia ya la supuracion, y en fin por los sudores y la diarrea que prueba que la tisis se unió al empiema, por cuya razon los he unido. Podria añadirse que apareció en las extremidades una hinchazon edematosa. No tengo bien presente esta circunstancia, y por otra parte semejante hinchazon no acompaña siempre al empiema ó la tisis, sobre todo cuando hay sudores y diarrea. Habia además gran consuncion, insomnios y quizá alguna otra señal que no recuerdo á causa del tiempo transcurrido. No afirmo que tuviese el rostro *hipocrático*, porque á causa del color rojo de los pómulos, característico del empiema, no podia ser advertido. Los salivazos fueron cada vez más abundantes, purulentos y fétidos. Tal era el estado de la enferma la última vez que la visité: entonces no esperando ya poder procurarle algun alivio por los recursos de nuestro arte, consentimos en dejarla ir á Roma y que recurriese á los

remedios sobrenaturales, siendo impotentes los del arte. La sola serie de los accidentes demuestra cómo un mal sucedió á otro mal, y los síntomas que acabo de enumerar hacen sensible el verdadero carácter de las enfermedades referidas: todo lo que he dicho lo recuerdo bien, lo afirmo con certeza, tanto á causa de las observaciones que hice en la enferma, como á consecuencia de los estudios teóricos y prácticos que he hecho en la profesion de médico que ejerzo. El cirujano Sgarzi, que conmigo consagraba sus cuidados á la enfermita, y que la veía más á menudo que yo, advirtió los mismos grados y observó los mismos síntomas de la enfermedad. Finalmente, afirmo que estos síntomas, que se sucedieron en el órden que he referido más arriba, no la abandonaron nunca, sino que se agravaron cada vez más, pues ni un momento experimentó la paciente mejoría alguna aparente, por ligera que fuese.

A excepcion de Jaime Sgarzi y yo, ningun otro práctico cuidó á la jóven enferma María Rosa. Ambos la cuidámos desde el principio de la enfermedad y en sus diversas fases sucesivas hasta un día muy próximo á su partida para Roma; por lo que á mí concierne, fué dos dias todo lo más antes de esa partida; respecto al cirujano, el espacio de tiempo debió ser más corto, y quizá la vió ponerse en camino: efectivamente vivía en Mazzano, y en los pueblos pequeños como aquél todo el mundo sabe la menor noticia, y todos ven á los que emprenden un viaje. El cirujano visitaba, pues, á la enferma con más frecuencia que yo; por mi parte no podia hacerlo sino cuando iba á Mazzano, que era por lo comun dos veces á la semana. No fueron llamados otros médicos para la enfermedad: á haberlos llamado, indudablemente lo hubiera yo sabido, porque en los pueblecitos nada puede hacerse en secreto.

...Se me pregunta cuál era mi juicio acerca la enfermedad de María Rosa y las diversas fases de la misma; además se quiere saber qué pruebas y señales determinaron mi conviccion. A esta doble pregunta respondo que mi opinion varió á medida que variaron tambien los accidentes en la enferma. Aquí tambien dejó á parte el sarrañon, que tiene poca importancia, y paso á lo que se refiere al segundo estado, esto es á la inflamacion de pecho: esta es una enfermedad peligrosa; sin embargo, creí que podría curar siguiendo su curso acostumbrado; mas como no sucedió así, y que por el contrario el mal se fijó en los pulmones, en los que se formaron tubérculos, y

que éstos reuniéndose ocasionaron una vómica, creí y juzgué no sólo que la enfermedad era peligrosa, sino tambien que era de difícilísima curacion, siendo el peligro mucho mayor y la esperanza ilusoria. Cuando la vómica reventó y á mismo tiempo las materias purulentas inundaron el pecho, cambié nuevamente de opinion, perdí las pocas esperanzas que habia conservado hasta entonces, y juzgué el mal incurable: apoyóme para formar este juicio en las enseñanzas de nuestros maestros y en las cotidianas lecciones de la experiencia. Lo más comun es que la vómica sea mortal; á veces, sin embargo, se cura de ella. El empiema nunca se cura. Que este fuese el mal de María Rosa en su cuarto periodo, y que se añadiese á la tisis, que podemos llamar el último grado de esta enfermedad, se desprende de las pruebas y señales que he referido más arriba, las que fijando mi juicio sobre el carácter y la naturaleza de la enfermedad, me obligaban á convenir en que era imposible curarla. El difunto Jaime Sgarzi pensaba y juzgaba como yo, y me lo manifestó repetidas veces, al darme cuenta de lo ocurrido á la enferma desde mi última visita, cuando tratábamos juntos acerca la marcha que debíamos seguir y el juicio que habia que formar. Pasando ahora á otra cuestion, se me pregunta si empleámos medicamentos y remedios y cuáles fueron. Respondo: mientras el mal fué agudo empleámos los remedios que pueden conjurar los progresos del mal, combatir la inflamacion y desembarazar los órganos invadidos. Cuando la inflamacion hubo degenerado en vómica, no recuerdo bien qué remedios usamos. Fueron sin duda proporcionados á la gravedad del mal, y tales como podia prescribirlos habida atencion á los pocos recursos del lugar y á la pobreza de las personas. En el último estado, cuando, como he dicho, la posicion era enteramente desesperada, no prescribimos sino infusiones de hierbas y otros remedios semejantes que podian suavizar y calmar la violencia de la tos ó la fuerza de la opresion, pero impotentes para curar la dolencia principal, incurable por su naturaleza. No puedo afirmar si en los últimos dias que precedieron á la partida de María Rosa para Roma empleámos aún esos inocentes remedios, pero me parece que no...

...María Rosa nunca experimentó mejoría alguna en su estado; al contrario, fué siempre de mal en peor; así á pesar de nuestras visitas, podia decirse que estaba aban-

donada, puesto que el arte no proporcionaba remedio alguno capaz de curarla. Se me pregunta en qué tiempo preciso se administraron los Sacramentos á la jóven enferma. Respondo que no lo recuerdo; estoy, sin embargo, seguro de que los recibí bastantes dias antes de que emprendiera el viaje á Roma. Se me pregunta en cuál de las fases de su enfermedad recibió los Sacramentos. Respondo que la administracion tuvo lugar cuando ya la vómica habia ya degenerado en empiema, puesto que entonces el peligro próximo de muerte era permanente. Finalmente se me pide que fije el tiempo preciso en que la vómica degeneró en empiema, á fin de poder así determinar la última de las fases de la dolencia. A esto respondo que no recordando en qué tiempo la jóven fué atacada por el sarampion epidémico, no puedo fijar exactamente el tiempo del cuarto período de la enfermedad, al que, segun enseña Hipócrates, la condujeron los diversos períodos de los estados precedentes. Como la enfermedad comenzó seguramente en el mes de marzo, calculo fué en esta época el principio de la inflamacion. Mas como las inflamaciones no curadas y degeneradas en vómica, si no ceden en el espacio de cuarenta dias, llegan al empiema, pareceme que puedo concluir fijando el último período de la enfermedad á fines de abril ó principios de mayo. Por lo demás, sea lo que fuere del tiempo preciso, como hacia ya muchos dias que Sgarzi y yo habíamos declarado que su enfermedad era enteramente incurable, se sigue que hacia ya muchos dias que se habia formado el empiema. Lo que puedo tambien afirmar como cierto, haciendo un llamamiento á todos mis recuerdos, es que la duracion entera de la enfermedad, tomándola desde la inflamacion subsiguiente al sarampion, excedió de dos meses.

...He referido más arriba el modo admirable como fué curada Maria Rosa de Luca, y no puedo hacer aquí sino repetir lo que ya llevo manifestado. La curacion, conforme el relato de la niña y de su madre, se obró súbita é instantáneamente: se acostó por la noche enferma como siempre; sobrevinole luego un vehemente dolor de pecho que la obligó á despertar á su madre, y despues de aplicar en la parte dolorida la imagen del siervo de Dios Benito José Labre, pudo gozar de ese tranquilo y dulce sueño del que no despertó hasta la mañana, restituida á una completa y perfecta salud. Las dos épocas entre las

que la vi enferma y curada, no exceden de una semana; y aquella á quien en su última visita consideraba como muerta, y á quien por esta causa di permiso para que fuese á Roma, puesto que no habia remedio para su mal, la volví á ver enteramente cambiada, en un estado de perfecta y floreciente salud, y lo que es más aún, libre tambien del asma convulsiva que la atormentaba habitualmente antes de su enfermedad. Digo, por lo tanto, que la curacion fué perfecta, y añado que fué constante, puesto que no tuvo ya más ninguna enfermedad; por lo menos hasta el año 1785, época en que dejé de ser médico de Campagnano. De otra manera lo hubiera sabido indudablemente, pues, como lo he dicho ya, nada puede quedar oculto en los pueblos pequeños, y el cirujano Sgarzi me hubiera informado de ello. Lo cierto es que vi muchas veces á la jóven, y siempre en perfecta salud. Se me pregunta si antes, despues ó durante la curacion, se produjo una crisis feliz y saludable á la que pudiese atribuirse esta misma curacion. Respondo que no hubo en ella crisis alguna; por lo menos así me lo refirieron la madre y la niña por mi interrogadas acerca este punto, y así me lo afirmaron tambien los que las acompañaron á Roma. Digo además que no se presenta ninguna crisis en esta clase de enfermedades: una crisis no puede tener lugar en efecto sino en las enfermedades agudas y que sean en cierto modo periódicas. Añado que si por una falsa hipótesis se quisiese absolutamente admitir una crisis saludable, ¿cómo pudiera esperarse de ella el restablecimiento súbito de las fuerzas y de la vida, siendo así que una crisis violenta debiera más bien debilitar á la enferma? Me preguntáis ahora si ese gran dolor que la niña anunció á su madre durante la noche puede ser considerado como el indicio de una revolucion súbita favorable á su curacion, y os contesto que á mi parecer ese gran dolor nada bueno podia producir y de ningún modo pudo contribuir á resolver la enfermedad. No podian ser absorbidas las materias corrompidas, ni las partes atacadas podian fortalecerse aun cuando quisiera recurrirse á esos ejemplos extraordinarios que aducen ciertos autores, quienes refieren que, por una larga emision de orina ciertas personas curaron de enfermedades de pecho reputadas incurables. Aun admitiendo como ciertos ejemplos tan extraordinarios, los enfermos curados de tal suerte tuvieron larguísima convalecencia. Ahora bien, esto no sucedió en Maria

Rosa, pues se durmió en el acto de la aplicación de la imagen, y no despertó hasta la mañana, enteramente curada, y habiendo recobrado las fuerzas y vigor, como dije más arriba. Tales prodigios no son obra de la naturaleza. Se me pregunta si María Rosa pudo curar poco á poco entre las dos épocas en que la vi enferma y curada, y cuál es mi opinión acerca esta curación. A esto respondo que lo acontecido no pudo obrarse naturalmente, estando atestiguada la incurabilidad del mal, y aun cuando pudiera admitirse sin motivo la posibilidad de una curación, afirmo que era imposible que la enferma pudiese pasar en tan poco tiempo, del infelicísimo estado en que la dejé, al estado de plena, entera y perfecta curación en que la encontré el domingo siguiente. Afirmo, por fin, que aun cuando la curación se hubiese obrado gradualmente entre esas dos épocas, no creo que amenguase en nada el milagro, puesto que se trataba de un mal absolutamente incurable, y que, aun admitiendo como verdadera la falsa posibilidad de que hemos hablado más arriba, hubiera sido preciso mucho mayor espacio de tiempo para realizarla, sin contar el que hubiera necesitado la recién curada para restablecerse perfectamente. A mi parecer, y como puede deducirse de todo lo que he referido, siempre consideré ese maravilloso suceso como un brillante milagro, y nunca he mudado de opinión respecto á esto. El difunto Jaime Sgarzi juzgaba este caso como yo, y muchas veces admiró conmigo la obra de Dios en esta curación. El difunto arcipreste Corneli pensaba del mismo modo, y á causa de esta comun convicción, pocos meses después del suceso redacté la certificación que se me la presentado aquí y que firmaron conmigo: lo mismo digo de la curada, de su madre y de todos los habitantes de Mazzano y de Campagnano que nunca variaron en su apreciación de este hecho, y que, como dije ya, quedarían tristes y defraudados si no se estableciesen las pruebas jurídicas de este milagro.

... Nada tengo que añadir á mi declaración para responder á las preguntas que se me han hecho: estoy cierto que hasta el año 1785, esto es, todo el tiempo que continué siendo médico de Campagnano, María Rosa gozó siempre de perfectísima salud: respecto el tiempo transcurrido después, nada puedo afirmar *de visu* y de ciencia cierta. He sabido que se casó después, y que murió de una enfermedad que nada tenía que ver con aquella de que curó milagrosamente; en efecto, murió de parto.

Declaración de la prima de la miraculada, Laura Rosa de Luca, esposa de Francisco de Marchiis.

Si, sé muy bien que Benito José hizo un gran milagro á María Rosa mi prima hermana. Considerad como cierto que la llamé de muerte á vida, y que sin el socorro de este buen Santo, María Rosa no la hubiera contado. pues habria muerto entonces. Si, quedé bien curada; después se casó, tuvo dos hijos, y á no haber muerto de parto os contaria por sí misma cómo sucedió el caso. Me preguntais qué es un milagro; mas ¿qué quereis que os responda yo, que no soy sino una pobre mujer ignorante? Os diré, pues, solamente, como yo lo comprendo, que únicamente Dios y los Santos hacen milagros. Y ahora voy á deciros cómo se obró el milagro de María Rosa. Habeis de saber que esta niña tenía catorce ó quince años; yo tambien tenía la misma edad, pues ambos nacimos en la misma época. En el curso de aquel año hubo epidemia de sarampion, y María Rosa fué atacada de él con mucha fuerza, viéndosele salir por todo su cuerpo, mas en seguida desapareció é internóse: María Rosa empeoró, porque el mal se fijó en el pecho, iba cada vez más de mal en peor, y quedó reducida al extremo. El médico de Campagnano, Angelucci, venia con frecuencia á Mazzano y la visitaba: nuestro cirujano Jaime Sgarzi, actualmente difunto, la visitaba con mayor frecuencia: decian cuál era la enfermedad de María Rosa, pero se servian para eso de palabras y términos que no sé si eran en latin ú otra lengua, pero que nosotras las mujeres no comprendiamos: lo que sí empero comprendemos, es que María Rosa estaba enteramente perdida, que no habia remedio ni esperanza, y que era preciso que recibiese los últimos Sacramentos y fuese asistida por los sacerdotes. En efecto, dísele el Viático y la Extremaunción, y el señor arcipreste Corneli, ahora difunto, la preparó á bien morir. Siento mucho que el arcipreste y el cirujano murieran, pues á estar vivos pudieran referiroslo todo mucho mejor de lo que nosotras pobres mujeres podemos hacerlo. El expresado cirujano nos decía que los pulmones de María Rosa estaban gastados y consumidos, y quedaba ya muy poco de ellos, y que cuando este poco quedase destruido, María Rosa moriría. Quereis que os dé cuenta del triste estado de la po-

brecita y de los señales que indicaban que no podía librarse de la muerte. Pero ¿qué queréis que os diga acerca de esto? Comprendo bien, mas no podré explicarlo. Lo que es seguro es que María Rosa movía á compasion, y todos creíamos que moriría en breve. Padecía tal sofocacion que no podía tomar aliento; tenía siempre la boca abierta á causa de la opresion, y el pecho parecia un fuelle. Tosía y tosía siempre, sin parar nunca: arrojaba inmundos salivazos purulentos, sudaba y estaba debilitado su cuerpo. Apenas tenía más que piel y huesos, y ni siquiera podía salir de la cama para que se le compusiese. ¡Oh! ¡figuraos á qué estado se veía reducida! En este tiempo un forastero llamado Antonio Gavetti, que despues murió, vino á Mazzano y nos dijo que en Roma se había manifestado un buen santo que hacía muchos milagros, que este santo era un pobre, llamado Benito José Labre: al mismo tiempo aquel forastero trajo algunas imágenes de papel de este Santo. Al saber estas cosas, recobrámos luego ánimo, pensando que este buen Santo podría muy bien hacer un milagro en favor de María Rosa. La enferma, su madre, yo y otras, concebimos esta esperanza, hicimos que Gavetti nos diera una de las imágenes del Santo que había traído, la aplicámos con fervor á la enferma, suplicándole que se dignase curarla; y si nosotras orámos con fervor, la enfermita lo hizo con fervor mucho más grande todavía: recuerdo que decíamos: «Si queréis dejárnosla y volvérnosla, os prometemos acompañarla á Roma, pero de lo contrario, libradla de sus penas.» Pareciónos que empezó á ir un tantico mejor; sin embargo continuaba la dolencia, y ahora os diré cómo sucedió esta mejora. Habeis de saber que hubo en Mazzano un terremoto; todos tuvimos miedo y nos salvámos, diciendo: ¡Oh! ¿qué vamos á hacer de esta infeliz enferma? Es imposible sacarla de aquí, Benito, cuidad de ella; de otro modo va á morir aplastada entre las piedras: nosotras nos vamos. La pobrecita sobrecogida de temor, sofocada como estaba, se levantó de la cama y quiso vestirse, lo que logró con ayuda de las demás, y la condujimos al campo á Nuestra Señora de las Gracias, á media milla de Mazzano: allí la acostámos en el suelo sobre algunas ropas que llevábamos; permanecimos allí hasta que fué de día, en que regresamos á casa. No vaiais á creer que tanto al ir como al volver María Rosa pudiese andar sola, no; fué preciso que álguien á cada

lado la sostuviere, y aún fué necesario á veces que alguno de los hombres que estaban con nosotros la llevase en hombros. Creimos que Benito José le había dado la fuerza de levantarse para escapar del peligro: sin embargo, seguía muy mal, y teníamos vernos obligados á dejarla en Nuestra Señora de las Gracias, y que muriese allí, pues toda aquella noche no hizo sino refulnar, toser y lamentarse, con una grande opresion.

Vuelta á casa, los dias siguientes se levantó aunque poco, y era preciso llevarla en una silla, pues ella no se meneaba: cuando estaba sentada veíamos sus piernas hinchadas. Quisimos probar si lograríamos hacerla andar un poco, y le instámos á que se pudiese en movimiento; dijo que no podía, y nosotros exigimos que lo hiciese. Por fin se decidió á probarlo, y apoyada en nosotros y con un palo en la mano empezó á dar algunos pasos por el aposento, luego volvió á sentarse, y vióse que experimentó gran trabajo en dar aquellos pocos pasos: otras veces, apoyada únicamente en el palo, daba apenas algunos pasos, con suma opresion. Viendo, pues, que la enfermedad no cedía, María Rosa empenó á su madre á que la condujese á Roma para visitar el sepulcro de Benito José: su madre le dijo que le daría gustosa esta satisfaccion, pero que no sabía cómo podría hacerlo para conducirla hasta allí, toda vez que, aunque se levantaba algunas horas cada dia, la enferma continuaba tan mal como de costumbre; pero la pobrecita no cejaba en sus porfiadas instancias. Su madre resolvió por fin contentarla, y yo declaré que quería acompañarla. Se pidió permiso al médico y al cirujano, y ambos dijeron que esto era imposible, que no se sostendría á caballo, que no podríamos volverla á Mazzano y que moriría por el camino. Mas viendo que estábamos resueltas á acompañarla á Roma á toda costa, acabaron por ceder y nos dejaron partir: recuerdo perfectamente que dijeron entonces que sólo un santo podía curarla, puesto que María Rosa estaba enteramente perdida: comprendimos muy bien que juzgaban que María Rosa no volvería á Mazzano á menos que el Siervo de Dios le hiciera la gracia de curarla. Finalmente con los permisos del médico y cirujano vinimos á Roma: no podré deciros el dia preciso de nuestra marcha, pero todo lo que refiero es verdad. Colocámos á María Rosa lo mejor que pudimos en un jumentito, pero como no podía sostenerse, y hubiera caído, fué indispensable que álguien

fuese constantemente sosteniéndola: el viaje fué largo y penosísimo. De Mazzano á Roma se cuentan veinte y cinco millas: entonces era de día muy temprano; partimos á las ocho de la mañana y llegamos á Roma entre las ocho y nueve de la noche: por el camino teníamos que detenernos á cada momento, pues la pobrecita, aunque el asno marchaba lentamente, se encontraba sofocada con frecuencia, y tenía necesidad de tomar aliento: decia que se sentia como abrasada en el interior, y muy á menudo teníamos que darle de beber, á causa de la sed que experimentaba, y para refrescarle la boca, seca á consecuencia del fuego interior que la consumía: á veces era preciso bajarla de la cabalgadura y sentarla en el suelo. Pero baste esto; fué un viaje penosísimo á causa de nuestra infeliz enferma. Llegados á Roma en casa del sobre-dicho Antonio Gavetti, fuimos á visitar el sepulcro de Benito José; María Rosa no podía andar sola. Su madre y yo teníamos que sostenerla constantemente una por un lado y otra por otro; mas no obtuvo su curacion, y la volvimos á casa tan enferma como antes. No podré decir con toda exactitud cuánto tiempo estuvimos en Roma; debió ser dos dias, pues empleamos cuatro dias entre ida, permanencia en Roma y regreso: durante los dos dias de nuestra estancia en Roma, condujimos tres veces á la enfermita al sepulcro de Benito José, y recuerdo que una vez, antes de dirigirnos á Nuestra Señora de los Montes, fuimos á hacer nuestras devociones á la iglesia de Ara-Cœli, donde habia un religioso hermano de Isabel Mancini, actualmente difunto. Se me pregunta si María Rosa hizo tambien sus devociones con nosotros. Respondo que todos nos confesámos, pero no recuerdo si comulgó con nosotros, pues no tengo presente si pudo pasar la noche precedentemente sin beber. En las tres visitas que hicimos al sepulcro del Siervo de Dios, tanto al ir como al volver, fué necesario que dos personas condujesen y sostuviesen á María Rosa. Encontróse más mala que nunca la noche que siguió á la tercera visita: en efecto, á cierta hora empezó á dar gritos agudos y á decir que sentia vivísimo dolor en el pecho. Nos levantámos todos en seguida y encendimos un candil; su pobre madre estaba desesperada, por no tener allí médico, ni cirujano; sin embargo, Antonio Gavetti propuso ir á buscar uno. En esta angustia la madre tomó una imagen de Benito José y la aplicó al pecho de su hija, diciéndole que se encomendase

á él, que solo él podía curarla. Apenas se aplicó la imagen, la niña se durmió y todas volvimos á la cama. En todo el resto de la noche no se oyó nada más: la enferma durmió profundamente: al despertarse por la mañana, dijo muy contenta que estaba curada y que nada tenia: vistióse sola, no tenía opresion, ni tosia ni se quejaba de dolor alguno; habia recobrado las fuerzas y el color; en una palabra parecia como quien nunca ha estado enfermo, y nos dijo que tenia sumo apetito: comió muy bien de lo que habia en la casa. Todas juntas fuimos á Nuestra Señora de los Montes para dar gracias á Benito José: cuando quisimos salir de la iglesia, yo y su madre nos dispusimos á sostenerla como hacíamos antes, mas nos dijo que no lo queria, que estaba curada y que no tenía necesidad de auxilio; en efecto, caminaba libremente y más aprisa que nosotras; nos precedia, de suerte que no podíamos seguirla, y por la calle repetia que tenia mucha hambre; le comprámos cerezas y peras. Dimos gracias á nuestro Bienhechor, hicimos registrar el milagro en la sacristía: todos los que habian visto á la pobrecita los dias precedentes quedaron absortos viéndola curada, pero no sé quiénes eran. Volvimos á Mazzano el mismo dia: durante el viaje la niña no sólo no tuvo ya necesidad de ser sostenida en el jumento, sino que además quiso subir sola y aun á veces ir á pié: fuera de la puerta Angélica caminó como dos millas á pié más ágil y aprisa que nosotras. En todo el camino no tuvo necesidad de cosa alguna ni se advirtió resto del mal pasado; antes bien no hubiera hecho sino comer á dejarla hacer, pues decia que tenia mucha hambre; y cuando nos detuvimos en el camino comió con un apetito que daba gusto de ver. Al llegar á Mazzano todos se regocijaron viéndola curada, y empezaron á decir: «¡Cómo! ¿esta es María Rosa? No es ella. ¡Cómo ha sido eso!» y nosotras contestábamos que Benito José habia hecho el milagro: todos quedaron asombrados, pues al partir de Mazzano creyeron que nunca la volveríamos. Participaron especialmente de este gozo el cirujano, el arcipreste, el vicario y los otros sacerdotes, y cuando digo todos me parece que he dicho bastante, y todos confesaron que nadie sino un santo hubiera podido curar á María Rosa, y curarla de tal suerte que recobrase las fuerzas, los colores y aun la gordura. En una palabra, empezó desde luego á hacer los trabajos del campo y de la casa proporcionados á su edad, como si nunca hubiese

estado enferma, y en lo sucesivo se encontró bien, sin tener nunca mal alguno. Casóse más tarde, tuvo dos niños y murió en su segundo parto. Todo lo que acabo de deciros lo sé de ciencia cierta, porque María Rosa era mi primera hermana, habíamos la misma casa, una arriba y otra abajo; estaba siempre con María Rosa, vine á Roma con ella, y después permaneci en su compañía hasta su casamiento: á más nos acostábamos siempre en la misma cama: después de su matrimonio la vi con mucha frecuencia, y por esto sé que nunca más estuvo enferma, á excepcion de algunas fiebres durante el estío, cosa que casi acontece á todo el mundo en nuestro pésimo clima. Me preguntais quiénes eran los que venían en nuestra compañía cuando vinimos á Roma, y os respondi que con la madre de María Rosa y yo habia Antonio Gavetti, Isabel Mancini, su marido, y sus dos hermanas Jerónima y Elena Mariani.

...Antes de caer enferma María Rosa era de buen temperamento, nunca habia sufrido incomodidad alguna. Me preguntais si tenia la respiracion algo difícil, y os respondo que me parece que no: las dos éramos pequeñitas, juntas jugábamos y saltábamos, y en tan tierna edad no se reparan tantas cosas. Me preguntais si antes de enfermar tenia las épocas de las mujeres, y os respondo que no lo recuerdo. Me pedis si antes de su enfermedad, durante su curso ó después de su curacion sufrió alguna de esas incomodidades que se llaman ordinariamente convulsiones ó afecciones histéricas, y os contesto que por lo menos mientras fué niña nunca padeció mal alguno de esta clase. Después de su matrimonio quizá las padeció, porque en los embarazos todas las mujeres sufren más ó menos de tales incomodidades. Me preguntais cuánto tiempo duró la enfermedad; y os respondo que empezando por el sarampion duró unos dos meses. Me parece que tuvo el sarampion á principios de abril, y vinimos á Roma, donde se realizó el milagro, á primeros de mayo. Se me pregunta si María Rosa recibió los Sacramentos y cuándo; contesto que no recuerdo la época precisa, pero me parece que seria poco más ó menos veinte dias antes de partir para Roma. Se me pregunta cuánto tiempo María Rosa fué visitada por el arcipreste Corneli, para que no muriese sin auxilios. Respondo que no lo recuerdo muy bien; que fué asistida durante cierto número de dias por el arcipreste y por algunos otros sacerdotes, entre

ellos el vicario, actualmente difunto, mas no tengo presente el número preciso de estos dias. Se me pregunta desde cuánto tiempo se habian interrumpido las visitas cuando partimos para Roma, y contesto que no lo recuerdo precisamente: hacia algunos dias, y probablemente desde que Antonio Gavetti nos dió la imagen de Benito José. Se me pregunta por qué los sacerdotes cesaron de visitarla, y contesto porque parecia que el peligro de muerte no era ya tan inminente. Se me pregunta si después que los sacerdotes cesaron de visitarla, ó después que la enferma empezó á dar alguna señal de mejoría, levantándose de la cama y dando algunos pasos como he explicado, se esperaba que María Rosa pudiese curar. Contesto que toda la mejoría consistió en lo que he dicho, pero que María Rosa iba siempre mal: tenia la misma opresion, la misma tos, el mismo malestar del cuerpo, arrojaba los mismos esputos asquerosos y purulentos. El médico y el cirujano no tomaban absolutamente en cuenta esta mejoría y no daban esperanza alguna de que pudiese curar; al contrario decian que moriria indudablemente y por esto no querian permitirnos ir á Roma, seguros como estaban de que la jóven no volveria á Mazzano, si aquel buen Santo no obraba un milagro en ella.

Declaracion de Francisca Maggiori, de Mazzano.

...El cirujano y el médico constantemente manifestaron que no habia esperanza alguna de curacion, que María Rosa estaba completamente perdida; la consignaron en manos de los sacerdotes, y después que la asistencia de éstos no fué tan necesaria, así el médico como el cirujano continuaron diciendo que la enfermedad era incurable, que más pronto ó más tarde moriria, y que si el Señor no la devolvia la salud, seria victima de maligna enfermedad, creo que se referian á la tisis; pero el Dr. Angelucci podrá decir eso mejor que yo.

Permanecia siempre en cama, se ahogaba, tosía y arrojaba asquerosos esputos. Cuando iba á verla preguntaba yo á su madre qué decia el Sr. Jaime Sgarzi, nuestro cirujano, en la actualidad difunto; la madre me contestaba que el Sr. Sgarzi y el médico Angelucci, que residia en Campagnano, pero que venia tambien á Mazzano, pues á ello estaba obligado, la consideraban como perdida, y de-

cian que no había remedio á su mal, que sus pulmones estaban consumidos, que sólo quedaba de ellos pequeña parte, y que cuando esta particilla quedase consumida, moriría María Rosa. Bástelos saber que se le administraron todos los Sacramentos hasta el santo Óleo, que estaba en manos de los sacerdotes, y que de un momento á otro se esperaba tener que amortaljarla: ya se tenía dispuesto todo lo necesario, y así que la campana tocaba á muertos, todos creíamos que era para María Rosa. En ese tiempo vino Antonio Gavetti: la niña y su madre concibieron gran confianza en Benito José y encomendáronse de todo corazón á su patrocinio: al parecer empezó á experimentar algún alivio, pero esa mejoría consistía en levantarse un poco de la cama, en permanecer breves momentos sentada, en dar algunos pasos por casa con apoyo de alguién; sin embargo, continuaba siempre enferma de la misma manera, y recuerdo que yo decía á su madre: «Se muere, no os hagais ilusiones.» porque estaba sofocada, consumida y tosía como antes. Finalmente, se quiso llevarla á Roma, lo que parecía imposible, porque estaba más muerta que viva, y todos decían: «La llevan á morir á Roma; no volverá á Mazzano:» la ví salir antes de su partida, estaba mala como de costumbre, y dije para mí: «¡Dios la bendiga!» Partieron por la mañana muy temprano, yo aún no me había levantado, y no la ví. Tres ó cuatro días despues regresó á Mazzano; pero ¿qué queréis que os diga? María Rosa estaba enteramente cambiada. Oí que todos decían que aquella volvía y que estaba curada: para mi consuelo y contento corrí á verla, y recuerdo que á causa de mi precipitación dí una caída. Otras personas salieron también á su encuentro: al verla quedámos estupefactos; caminaba libre y ligeramente, tenía todas sus fuerzas, bellos colores en el rostro, y hubiérase dicho que nunca había estado enferma, y advertid bien que no andaba por un camino trillado, sino por rápidas cuestas. Todos le hicimos buen recibimiento, todos nos regocijámos, y ella nos decía á todos: «¡Estoy curada, estoy curada!» Y era verdad, pues estaba buenísima, como antes de caer enferma, y cuando llegó á casa de su tía, le gritó desde la calle: «¡Tía, tía, estoy curada!» corriendo al mismo tiempo hacía la escalera para presentarse á su tía. La madre, la hija y todos los demás que estaban allí nos refrieron que el sirvo de Dios Benito José Labre había hecho un milagro, porque se había encomendado á él y

que había curado instantáneamente. Sgarzi y Angelucci la vieron también y quedarón estupefactos; muchas veces les oí decir que tal curación fué un milagro de este buen Santo: cuando María Rosa estaba enferma, ya decían que nadie podía curarla sino un santo. Esto es todo lo que sé, y puedo añadir que me consta porque era amiga de la madre y de María Rosa; iba yo á visitarla, la ví cuando estaba enferma, la volví á ver cuando curada, como acabo de decirlo, y desde entonces se conservó siempre buena, se casó, tuvo dos hijos y murió de parto.

Hace ahora trece años que sucedió este milagro; la enfermedad me parece que duró unos dos meses: recuerdo que cuando María Rosa estaba enferma se comían habas y curó á fines de mayo. Antes de enfermar era fuerte y robusta, blanca y rosada como una guinda, y se dedicaba á las faenas del campo. Me preguntais si antes de caer enferma tenía la respiración oprimida, y os respondo que no. Por lo que respecta á su enfermedad y sus malas consecuencias, no puedo explicarme mejor de lo que acabo de hacerlo. Me preguntais cuándo le fueron administrados los Sacramentos y cuánto tiempo antes de su partida para Roma, y os contesto: que sé que le fueron administrados los santos Sacramentos y que fué encomendada al auxilio de los sacerdotes; pero no recuerdo más y mucho menos puedo deciros la fecha.

ARTÍCULO V.

DISCUSION DEL PRIMER MILAGRO.

§ 1.— *Objeciones del Promotor de la fe.*

1. El año 1783, en el mes de marzo, María Rosa de Luca, jóven muy pobre de la ciudad de Mazzano, á los catorce ó quince años de edad fué atacada de sarampion epidémico. Efectivamente, el principio de su enfermedad nos lo refiere así Francisca de Luca su madre: «Voy á deciros cómo sucedió esto... La pobre niña tenía catorce ó quince años... Fué atacada de sarampion en el mes de marzo...» Dario Angelucci, médico que la visitaba, está de acuerdo con ella, y lo mismo los demás testigos hasta el último. No terminando el sarampion en una perfecta